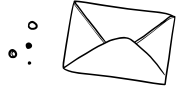




Uno



Todos en la escuela conocen el casillero ochenta y nueve: el que está abajo a la derecha, al final del pasillo, cerca de los laboratorios de ciencia. Hace años que no se le asigna a nadie; en realidad, deberían habérselo entregado a alguno de los cientos de estudiantes de la escuela para que lo llene de libros, papeles y recipientes plásticos infestados de moho.

En cambio, parece haber un entendimiento tácito de que el casillero ochenta y nueve cumple un propósito superior. De qué otra manera se explicaría el hecho de que cada año, cuando recibimos nuestros horarios y las combinaciones de nuestros casilleros, el número ochenta y ocho y el noventa tienen nuevos ocupantes, pero el ochenta y nueve permanece vacío.

Bueno, puede que “vacío” no sea la palabra indicada. Porque, aunque no tenga dueño, la mayoría de los días el casillero ochenta y nueve alberga varios sobres cuyo contenido es casi idéntico: diez dólares, comúnmente en forma de billete, a veces con monedas que el remitente logró reunir; una carta, a veces hecha en computadora,



otras escrita a mano, a veces adornada con la mancha delatora de una lágrima; y al final de la carta, un correo electrónico.

Es un misterio cómo los sobres ingresan en el casillero, ya que es poco común encontrar a alguien deslizando su carta por las ranuras de metal. Es un misterio todavía más grande cómo recolectan los sobres; *nadie* ha sido visto abriendo el casillero.

Nadie concuerda en cómo funciona el sistema. ¿Es un profesor sin pasatiempos? ¿Un exestudiante que no puede soltar el pasado? ¿Un conserje de gran corazón que necesita un pequeño ingreso extra?

Lo único que es aceptado universalmente al respecto es que, si tienes problemas sentimentales y deslizas una carta a través de las ranuras del casillero ochenta y nueve, recibirás un correo electrónico anónimo dentro de la semana siguiente con un consejo. Y si eres lo suficientemente sabio como para seguir el consejo, tus problemas se resolverán o recibirás tu dinero de vuelta.

Raramente tengo que devolverle el dinero a la gente.

En mi defensa, en los pocos casos en los que mi consejo no funcionó, la carta omitía información importante. Como el mes pasado, cuando Penny Moore me escribió sobre cómo Rick Smith terminó su relación con un comentario en Instagram y convenientemente olvidó comentar que había coordinado sus ausencias con el hermano mayor de Rick para poder escabullirse juntos. De haber sabido eso, nunca le hubiera aconsejado a Penny que enfrentara a Rick en el almuerzo al día siguiente. Eso fue culpa suya. Debo admitir que fue *algo* satisfactorio ver a Rick realizar una lectura dramática de los mensajes de texto que Penny había intercambiado con su hermano delante de todo el comedor, pero hubiera preferido un final feliz. Hago esto para ayudar a la gente y para saber que genero un impacto positivo en el mundo; pero también (y quizás todavía más en





este caso) me dolió dejar diez dólares en el casillero de Penny porque *ella* había sido demasiado orgullosa para admitir que estaba equivocada. El problema es que no podía defenderme a mí ni a mis consejos si Penny les decía a todos que no le había dado un reembolso.

Porque nadie sabe quién soy.

No hablo *literalmente*. Muchas personas saben quién soy. Darcy Phillips. Cuarto año. La chica con cabello rubio hasta los hombros y el espacio entre los dientes frontales. La mejor amiga de Brooke Nguyen y parte del Club Queer de la escuela. La hija de la señorita Morgan, la profesora de Ciencias.

Pero lo que no saben es que también soy la chica que se queda después de clases con su mamá en la escuela mientras termina su trabajo en el laboratorio mucho tiempo después de que todos se han marchado. La chica que camina hacia el final del pasillo, ingresa la combinación en el casillero ochenta y nueve, que ya sabe de memoria hace años —desde esa noche en que la lista de combinaciones fue dejada sin supervisión en la oficina administrativa— y recolecta las cartas y los billetes en forma de pago. La chica que pasa sus noches leyendo las historias de extraños con ojos imparciales antes de enviar instrucciones cuidadosamente detalladas a través de una cuenta de correo falsa que creó hace dos años.

No lo saben porque nadie en la escuela lo sabe. Solo yo sé mi secreto.

O, por lo menos así era. Hasta este preciso momento.

Tenía el presentimiento de que todo estaba por cambiar. Porque, aunque hacia veinte segundos había revisado que no hubiera rezagados en los pasillos o personal escolar, como siempre, estaba mil trescientos por ciento segura de haber oído a alguien aclararse la garganta en algún lugar de mis alrededores justo *detrás de mí*. Maldita sea.





Justo mientras tenía el brazo completamente hundido en el casillero ochenta y nueve.

Rayos.

Incluso mientras me volteaba, era optimista y esperaba lo mejor. Parte del motivo por el que había pasado desapercibida por tanto tiempo era por la ubicación del casillero, justo al final de un pasillo sin salida con forma de L.

Hubo algunas situaciones riesgosas en el pasado, pero el sonido de las puertas pesadas al cerrarse siempre me había dado aviso suficiente para esconder la evidencia. La única manera de que alguien pudiera sorprenderme sería si se escabullera por la salida de emergencia que da a la piscina y nadie la usa a estas horas del día.

Considerando la apariencia del chico parado detrás de mí, había cometido un error de cálculo fatal. Aparentemente, alguien sí usaba la piscina a esta hora.

Bueno, mierda.

Lo conocía. O, por lo menos, sabía *quién* era. Su nombre era Alexander Brougham, aunque estaba bastante segura de que todos lo llamaban por su apellido. Era estudiante de último año y buen amigo de Finn Park y, según dicen, uno de los estudiantes más sexis de St. Deodetus.

De cerca, era claro que esos rumores eran categóricamente falsos.

La nariz de Brougham lucía como si se la hubiera fracturado en el pasado y sus ojos azul marino estaban casi tan abiertos como su boca; era una expresión interesante porque sus ojos eran un poco saltones. No tanto como los peces sino más como un “mis párpados están haciendo su mejor esfuerzo para tragarse a mis globos oculares por completo”. Y, como ya mencioné, estaba tan húmedo que su camiseta se pegaba a su pecho mojado y se tornaba translúcida.





–¿Por qué estás empapado? –pregunté.

Crucé mis brazos detrás de mi espalda para esconder las cartas y apoyarme contra el casillero ochenta y nueve para que se cerrara.

–Luces como si te hubieras caído en la piscina.

Probablemente, esta era una de las pocas situaciones en las que un adolescente empapado de pies a cabeza en el medio de un pasillo después de clases *no* fuera el elefante en la habitación.

Me miraba como si hubiera hecho el comentario más tonto del mundo. Lo que parecía injusto, considerando que no era yo quien estaba deambulando por los pasillos del colegio completamente empapada.

–No me caí, estuve nadando un rato.

–¿Vestido?

Intenté acomodar las cartas en la parte trasera de mi falda sin mover mis manos, pero resultó ser una tarea más complicada de lo que imaginaba.

Brougham estudió sus jeans. Utilicé la breve distracción para meter a la fuerza las cartas dentro de mi falda. En retrospectiva, mi reacción nunca sería suficiente para convencerlo de que no acababa de verme recolectando el contenido del casillero ochenta y nueve, pero hasta que tuviera una mejor excusa, negar todo era mi única opción.

–No estoy tan mojado –dijo.

Resulta que hoy era la primera vez que escuchaba hablar a Alexander Brougham, porque hasta este momento no tenía idea de que tenía acento británico. Ahora comprendía por qué le resultaba atractivo a tantas personas: Oriella, mi youtuber preferida, una vez hizo un video sobre este tema. Los sentidos de la gente con buen gusto para conseguir pareja, históricamente se desconcertaban ante la presencia de un acento. Sin detenerse en





cuáles acentos son considerados sexi en algunas culturas y por qué, en general, los acentos eran la manera de la naturaleza de decir “procrea con *esa* persona, su código genético debe ser diferente”. Aparentemente, pocas cosas parecen excitar a una persona tan rápido como el conocimiento subconsciente de que, de seguro, no están coqueteando con un familiar consanguíneo.

Por suerte, Brougham rompió el silencio cuando no respondí.

–No tuve tiempo de secarme como corresponde. Estaba terminando cuando te oí aquí. Supuse que tal vez descubriría a la persona que administra el casillero ochenta y nueve si me escabullía por la salida de emergencia. Y lo hice.

Lucía triunfante. Como si acabara de ganar un concurso del que yo ni sabía que estaba participando.

Esa expresión fue la más odiosa que vi en mi vida hasta este momento.

Forcé una risa nerviosa.

–No lo *abrí*. Estaba dejando una carta.

–Acabo de verte cerrar el casillero.

–No lo cerré. Solo lo golpeé un poco cuando estaba deslizando la... eh, la carta.

Genial, Darcy, qué gentil de tu parte hacerle creer al pobre estudiante británico que está loco.

–Sí que lo hiciste. Además, sacaste una pila de cartas de adentro.

Okey, ya estaba lo suficientemente comprometida como para esconder las cartas entre mis prendas y mantendría mi acto hasta el final, ¿verdad? Extendí mis manos con las palmas hacia arriba.

–No tengo ninguna carta.

El chico lució un poco desconcertado.

–¿En dónde...? Pero te vi.

Encogí los hombros y esboqué una expresión de inocencia.





—Tú... ¿Las escondiste en tu falda?

Su tono no era acusador per se, sino más un “asombro levemente condescendiente”, como cuando un padre cuestiona con gentileza a su hijo cuando le pregunta por qué pensó que la comida del perro sería un buen snack. Solo hizo que quisiera continuar el acto con más intensidad.

Sacudí la cabeza y me reí un poco demasiado fuerte.

—No.

El calor de mis mejillas me dijo que mi rostro me estaba traicionando.

—Voltéate.

Me incliné contra los casilleros, sentí el rugido de los papeles y me crucé de brazos. La esquina de los sobres se hundió de manera incómoda contra mi cadera.

—No quiero.

Me miró.

Lo miré.

Sí. No creyó mis excusas ni por un segundo.

Si mi cerebro funcionara correctamente, hubiera dicho algo para despistarlo, pero desafortunadamente eligió ese preciso momento para declararse en huelga.

—*Eres* la persona que administra esto —dijo Brougham con tanta seguridad que supe que no tenía sentido seguir protestando—. Y realmente necesito tu ayuda.

No sabía con seguridad qué sucedería si alguna vez me descubrían. Más que nada porque prefería no preocuparme mucho por ello. Pero si me obligaran a adivinar qué haría la persona que me descubriera diría “contárselo al director del colegio” o “contarles a todos en la escuela” o “acusarme de arruinar su vida con malos consejos”.

Pero ¿esto? No era tan amenazador. Tal vez todo estaría bien.





Tragué saliva con la esperanza de acercar el nudo en mi garganta un poco más a mi corazón desenfrenado.

—¿Ayuda con qué?

—Quiero recuperar a mi exnovia.

Hizo una pausa pensativa.

—Ah, por cierto, mi nombre es Brougham.

Brougham. Pronunciado “bro-am”, no “brum”. Era un nombre fácil de recordar porque todos los pronunciaban mal y eso me fastidió desde la primera vez que lo oí.

—Lo sé —dije débilmente.

—¿Cuál es tu tarifa por hora? —preguntó.

Despegué su camiseta de su pecho para airearla. Se estampó con fuerza contra su piel tan pronto la soltó. ¿Lo ven? *Totalmente* empapado.

Despegué mis ojos de sus prendas y procesé su pregunta.

—¿Perdón?

—Quiero contratarte.

Ahí estaba de vuelta el tono de “dinero a cambio de favores”.

—¿Contratarme como...?

—Como consejera de relaciones.

Eché un vistazo a nuestro alrededor y luego habló en un susurro.

—Mi novia terminó conmigo el mes pasado y necesito recuperarla, pero no sé ni cómo empezar. Esto no puede solucionarse con un correo.

Este chico era un poco dramático, ¿no?

—Emm, escucha, lo lamento, a decir verdad, no tengo tiempo de ser la consejera de nadie. Solo hago esto antes de irme a dormir como un pasatiempo.

—¿Con qué estás tan ocupada? —preguntó con tranquilidad.

—Mmm, ¿tarea? ¿Amigos? ¿Netflix?





Se cruzó se brazos.

–Te pagaré veinte dólares por hora.

–Amigo, dije que...

–Veinticinco por hora más un bono de cincuenta dólares si recupero a Winona.

Un momento.

Entonces, ¿este chico me estaba diciendo seriamente que me daría cincuenta dólares libre de impuestos si pasaba dos horas dándole consejos para recuperar a una chica que ya se había enamorado de él una vez? La tarea estaba dentro de mis habilidades. Lo que significaba que el bono de cincuenta dólares estaba prácticamente garantizado.

Puede que nunca pueda ganar dinero de manera tan fácil.

Mientras lo consideraba, siguió hablando.

–Sé que quieres mantener tu identidad anónima.

Regresé a la realidad de un golpe y entrecerré los ojos.

–¿Qué quieres decir con eso?

Encogió los hombros, era la representación de la inocencia.

–Te escabulles después de clases cuando los pasillos están vacíos y nadie sabe que eres tú quien responde. Hay un motivo por el que no quieres que la gente lo sepa. No es necesario ser Sherlock Holmes.

Y allí estaba. Lo sabía. *Sabía* que mi instinto gritaba “peligro” por un buen motivo. No me estaba pidiendo un favor, me estaba diciendo lo que quería de mí y deslizaba casualmente por qué sería mala idea negarme. Si parpadeas, te pierdes el chantaje.

Mantuve mi voz tan tranquila como pude, pero no ayudó mucho la dosis de veneno que se filtró en mis palabras.

–Déjame adivinar, quieres ayudarme a que todo siga igual. A eso te refieres, ¿no?

–Bueno, sí. Exactamente.





Apretó su labio superior y ensanchó los ojos. Mis propios labios se curvaron mientras lo estudiaba, todo vestigio de buena voluntad que sentía hacia él se desvaneció de un momento a otro.

–Cielos. Qué considerado de tu parte.

Brougham, inmutable, esperó a que siguiera hablando. Cuando no lo hice, agitó una mano en el aire.

–Entonces... ¿Qué piensas?

Pensaba muchas cosas, pero no era sabio decirle en voz alta ninguna de ellas a alguien que estaba amenazándome. ¿Cuáles eran mis opciones? No podía decirle a mamá que alguien me estaba chantajeando. Ella no tenía idea de que yo era la responsable del casillero ochenta y nueve. Y *realmente* no quería que nadie descubriera que era yo. Quiero decir, la cantidad de información personal que conocía de tantas personas... Hasta mis amigos más cercanos no sabían lo que hacía. Sin el anonimato, mi negocio de consejos sentimentales sería un fracaso. Y era lo único real que había logrado construir. Lo único que, de hecho, le hacía un bien al mundo.

Y... rayos, estaba todo el asunto con Brooke del año pasado. Si se llegara enterar de eso, me odiaría.

No podía enterarse.

Mi mandíbula se tensó.

–Cincuenta de adelanto, cincuenta si funciona.

–¿Estrechamos las manos?

–No terminé. Accederé a un máximo de cinco horas por ahora, si me quieres más tiempo, será mi decisión continuar.

–¿Eso es todo? –preguntó.

–No. Si le dices una palabra de esto a alguien, les diré a todos que tus habilidades de conquista son tan malas que necesitaste una entrenadora personal.

Era un pequeño extra, y para nada tan creativo como los





insultos que se me habían ocurrido unos momentos atrás, pero no quería provocarlo demasiado. Algo tan imperceptible brilló en su rostro por tan solo un instante que casi no lo noto. Era difícil detectarlo. ¿Sus cejas se elevaron un poquito?

–Bueno, eso era innecesario, pero queda registrado.

–¿*Lo era?*

Simplemente me crucé de brazos.

Nos quedamos parados en silencio por un momento mientras mis palabras resonaban en mi cabeza –sonaron más agresivas de lo que pretendía, no que eso estuviera fuera de lugar–, luego sacudí la cabeza y comenzó a girar en su lugar.

–¿Sabes qué? Olvidalo. Solo pensé que estarías dispuesta a hacer un trato.

–Espera, espera, espera.

Avancé hacia él con las manos arriba para detenerlo.

–Lo lamento, estoy dispuesta a un trato.

–¿Estás segura?

Ay, por el amor de Dios, ¿quería que suplicara? Parecía injusto que esperara que aceptara los términos de su chantaje sin mostrar nada de resistencia o sarcasmo, pero estaba dispuesta a hacerlo. Haría lo que fuera que quisiera. Solo necesitaba contener esta situación. Asentí con firmeza y tomó su teléfono.

–Bueno. Tengo práctica de natación todos los días antes de clases y los lunes, miércoles y viernes entrenamos después de clases. Dame tu número para que podamos coordinar sin que sea necesario que te persiga por el colegio, ¿sí?

–Olvidaste “por favor”. –Rayos, no debería haber dicho eso, pero no pude contenerme. Tomé el teléfono de sus manos y marqué mi número–. Aquí tienes.

–Excelente. Por cierto, ¿cómo te llamas?

No pude *ni siquiera* contener mi risa.





—¿Sabes? La gente suele averiguar el nombre de la otra persona antes de hacer un “trato”. ¿En Inglaterra es distinto?

—Soy de Australia, no de Inglaterra.

—Ese acento no es australiano.

—Como australiano, puedo asegurarte que lo es. Es solo que no estás acostumbrada al mío.

—¿Hay más de uno?

—Hay más de un acento en Estados Unidos, ¿no? ¿Nombre? Ay, por el amor de...

—Darcy Phillips.

—Te enviaré un mensaje mañana, Darcy. Que tengas una linda tarde.

Por la manera en que me estudió con los labios fruncidos y el mentón inclinado hacia arriba mientras sus ojos subían y bajaban, había disfrutado nuestra primera conversación tanto como yo. Me quedé rígida por el disgusto cuando lo comprendí. ¿Qué derecho tenía él de pensar mal de mí cuando *él* fue el motivo de que el intercambio se tornara tan tenso?

Deslizó su teléfono en su bolsillo húmedo, no le importaba un desperfecto eléctrico, y giró sobre sus talones para marcharse. Lo miré por un momento, luego aproveché mi oportunidad para quitar las cartas del lugar extremadamente incómodo en el que estaban y guardarlas en mi mochila. Mamá apareció por una esquina unos segundos después.

—Allí estás. ¿Lista para irte? —preguntó mientras daba la vuelta y regresaba al pasillo, el eco de sus tacones resonaba en el espacio vacío.

Como si alguna vez no estuviera lista para volver. Para cuando mamá terminaba de guardar sus cosas, responder los correos electrónicos y corregir un último trabajo, siempre era la última estudiante en abandonar esta área de la escuela; todos los demás





estaban en el otro extremo y socializando cerca de la sala de arte o de la pista de atletismo.

Bueno, con la excepción de Alexander Brougham aparentemente.

—¿Sabías que algunos estudiantes se quedan hasta esta hora para usar la piscina? —le pregunté a mamá mientras me apresuraba para alcanzarla.

—Bueno, el equipo de la escuela está fuera de temporada, así que me atrevería a decir que no debería estar muy concurrida, pero sé que está abierta a los estudiantes que reciben autorización de Vijay hasta que la recepción cierra. Darc, ¿podrías enviarle un mensaje a Ainsley y pedirle que saque la salsa del congelador?

Cuando mamá habla de “Vijay” se refiere al entrenador Senguttuvan. Una de las cosas más extrañas de que uno de tus padres trabaje en la escuela es conocer a todos los profesores por su nombre de pila y su apellido. Tenía que asegurarme de no confundirme durante la clase o cuando hablaba con mis amigos. A algunos de ellos, los conocía prácticamente desde que había nacido. Puede que parezca sencillo, pero que John viniera a cenar a casa todos los meses, que estuviera en las fiestas de cumpleaños de mis padres y que fuera el anfitrión de la fiesta de año nuevo todos los años, hacía que tener que llamarlo de repente señor Hanson en clase de Matemáticas fuera como caminar por un campo minado por mi reputación.

Le envié un mensaje de texto a mi hermana con las instrucciones de mamá mientras me subía al asiento del acompañante. Vi que tenía un mensaje sin leer de Brooke y sonreí:

No quiero hacer este ensayo.
Por favor no dejes que haga este ensayo.





Como siempre, recibir un mensaje de Brooke me hacía sentir que las leyes de la gravedad se suspendían para detener mi corazón por un instante.

Obviamente estaba pensando en mí en vez de hacer su tarea. ¿Con cuánta frecuencia su mente se desviaba hacia mí cuando soñaba despierta? ¿Se dirigía hacia alguien más o yo era especial?

Era tan difícil saber cuánta esperanza albergar.

Envié una respuesta rápida:

¡Tú puedes! Creo en ti.
Te enviaré mis notas esta noche si te sirve.

Mamá tarareaba para sí misma mientras salía del estacionamiento, suficientemente lento como para evitar impactar a cualquier tortuga que saliera al encuentro.

–¿Qué tal tu día?

–Bastante normal –mentí. Sería mejor no compartir todo el “hoy me contrataron y chantajearon”–. Tuve una discusión en Sociología con el señor Reisling sobre los derechos de las mujeres, pero el señor Reisling es un imbécil.

–Sí, *es* un imbécil.

Mamá soltó una risita y luego lanzó una mirada punzante en mi dirección.

–¡*No* le digas a nadie que dije eso!

–Lo dejaré fuera de la agenda de la reunión de mañana.

Mamá me echó un vistazo de reojo y su rostro redondo esbozó una cálida sonrisa. Comencé a devolver el gesto y luego recordé a Brougham, el chantaje y me desanimé. Mamá estaba demasiado concentrada en los coches, perdida en sus propios pensamientos. Una de las cosas buenas de tener un padre siempre distraído era no tener que evitar preguntas inquisitivas.





Solo esperaba que Brougham mantuviera el secreto. El problema era, por supuesto, que no tenía idea de qué tipo de persona era. Maravilloso. Un chico que no había conocido antes, de quien no sabía nada, tenía el poder de arruinar mi negocio por completo, sin mencionar mis amistades. Eso no me provocaba ni un *poquito* de ansiedad.

Necesitaba hablar con Ainsley.

